4999

Géneros ultramarinos

8

GÉNEROS ULTRAMARINOS.

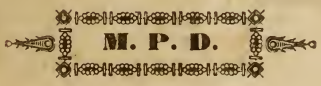
Juguete cómico

en un acto, en verso,

ORIGINAL

DE ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

Representado con aplauso por primera vez, en Madrid, en el teatro del Príncipe, la noche del 15 de Octubre de 1858.



MADRID.

IMPRENTA DE DON CIPRIANO LOPEZ.
Cava-baja, n.º 19, bajo.
Noviembre 1858.

PERSONAS.	ACTORES.
DOÑA RÓMULA.	*Sra. D.ª Balbina Valverde.*
ROSA.	*Sra. D.ª Josefa Osorio.*
DON ALEJANDRO. . . .	*Sr. D. Fernando Osorio.*
RUFINO.	*Sr. D. Emilio Mario.*
CÉSAR.	*Sr. D. José Olona.*
CRIADO.	*Sr. D. Ramon Benedí.*

La accion se supone en Chamberí: verano, época actual.

Este juguete pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y estrangero, y es propiedad de su editor *Don Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demás Sociedades sostenidas por suscricion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decreto Orgánico de teatros de 28 de Julio de 1852.

A MI QUERIDO PRIMO

ADRIAN TORIJA Y ESCRICH.

No juzgues el cariño que para tí guarda mi corazon por el mérito de este juguete, ni por su dedicatoria. Juntos hemos crecido, en el tranquilo hogar de tu casa paterna, á la que yo llamaba la mia, porque tus padres lo eran á la vez para mí.

Si la sangre no hiciera tan cercano nuestro parentesco, por simpatías, por cariño, Adrian sería el hermano de corazon de

Enrique.

Madrid 20 de Octubre de 1858.

673208

ACTO ÚNICO.

Sala en una casa de pueblo. Al fondo un armario ropero: á la izquierda de este una ventana; á la derecha una puerta y otras dos laterales.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA RÓMULA *y* DON ALEJANDRO, *mirando por la ventana con un anteojo.* RUFINO, *en el armario.*

Alejandro. No cabe duda... Allí viene
César, mi querido yerno!
Rómula. Sí, sí, y va seguido de una
falange de caballeros.
Alejandro. Como quien dice, su corte,
su... Magnífico! Soberbio!
Oh! su arribo es un arribo
verdaderamente régio.
Corramos, corramos.
Rómula. Antes
es preciso que llamemos
á Rosita.
Alejandro. Sí, sí: Rosa!
Rosa!
Rufino. (*Abriendo el ropero y asomándose.*)
(Qué diablos es esto?)
Pist! (*Viendo salir á Rosa.*)

ESCENA II.

DICHOS. ROSA.

Rosa. Ay!

Alejandro. Qué es eso?
Rosa. No es nada.
(Infeliz!)
Rufino. (Me vió! esperemos.)
Alejandro. Ven y mira.
(*Se asoman á la ventana.*)
Rosa. Voy y miro.
Y bien?
Alejandro. Qué ves á lo lejos?
Rosa. Toma, polvo. Mucho polvo.
Alejandro. Qué mas?
Rosa. Y árboles.
Alejandro. Y entre esos
árboles, y entre ese polvo...
no ves algo mas?
Rosa. Sí, veo...
Alejandro. Es claro.
Rosa. Veo unos toros.
Alejandro. Que te quemas.
Rosa. Y hombres!
Alejandro. Eso.
Rosa. Y qué?
Alejandro. Que allí viene César.
Rómula. Sí, hija mia.
Rosa. No comprendo!
Alejandro. César, esto es, tu futuro,
esto es, mi querido yerno.
Rosa. Mi futuro?
Alejandro. Sí, hija mia,
tu futuro; mi... qué hacemos,
Rómula, que presurosos
no salimos á su encuentro?
Rómula. Sí, sí, vamos.
Alejandro. Tú, Rosita,
ponte aquel trage... el mas nuevo.
El primer golpe de vista
es siempre el de mas efecto.
Rómula. Piensa que ese hombre va á hacer
nuestra dicha.
Alejandro. Ya lo creo:
es americano y basta:
y si tan justos deseos

no llegase á cumplir... voto
al mismísimo... Hasta luego. (*Vanse.*)

ESCENA III.

ROSA.

Pero hay fortuna mas negra!
quiera que no quiera... tengo
que apechugar con un hombre
á quien no amo... á quien no puedo
amar, porque amo á Rufino.
Ah! qué idea! Él tiene ingenio
y sabrá evitar... Rufino,
ya puedes salir... Qué es esto?
No me contesta?...

ESCENA IV.

ROSA. RUFINO, *que sale del armario ropero vacilante y desfallecido.*

Rufino. Aire, aire.
Rosa. Rufino!
Rufino. Ay! Uf!
Rosa. Estás trémulo,
descolorido... Qué tienes?
Rufino. Tengo... no sé lo que tengo!
pero... sostenme.
(*Se apoya en el hombro de Rosa.*)
Rosa. Dios mio!
Que se desmaya!
Rufino. El cerebro
y la... los... pero sostenme;
no ves que me estoy cayendo?
Rosa. Y es verdad! Pobre Rufino!
Rufino. Ay! (*Abrazándola.*)
Rosa. Quieres que venga un médico?
Rufino. Ay! Rosa, el médico que
ha de curar á este enfermo
es himeneo.
Rosa. (*Con candor.*) Hime... no,

pues ese no es de este pueblo.

Rufino. Qué candidez! Ay, Rosita,
cuando á tu lado me encuentro
y me despiden tus ojos
esos chispazos eléctricos,
conmueven todo el sistema
de mis elásticos nervios.

Rosa. Vamos, se esplica de un modo...

Rufino. Rosita, ves ese armario?
no es armario, es cementerio.
Yo creí que era mi tumba
y mi humanidad el féretro,
y un vestido de tu madre
la mortaja de mi cuerpo.
Y todo por quién? Por tí,
por tí, estrella de mi cielo.

Rosa. Pues no es eso lo peor.

Rufino. Qué pasa?

Rosa. Que á lo que infiero
no debe tardar el otro.

Rufino. El otro!

Rosa. César.

Rufino. El perro
del escribano?

Rosa. Hombre, no,
el americano.

Rufino. El maestro
de escuela? Ese papamoscas...
Ay, Rosita, te aconsejo
que no hagas caso; es mas pobre
que un esclaustrado, y mas feo...

Rosa. Si no es él.

Rufino. Pues quién es él?

Rosa. Mi futuro.

Rufino. Es decir... ego?

Rosa. No, no es ego, que es un jóven
que viene de... si lo tengo
en la punta de la... América.

Rufino. Y qué tenemos con eso?

Rosa. Que mi padre le ha ofrecido
mi mano, y que...

Rufino. Dios eterno!

Tu mano á un americano!
Esto es, como si dijéramos
casarte de sopeton
con un chorizo estremeño.
Con un hombre que tendrá
todo el sabor del desierto.
Nariz chata, tez morena:
si al menos fuera moreno!
Pero y si es negro?

Rosa. Dios mio!
Negro.

Rufino. Figúrate, negro
ó mulato, dá lo mismo.

Rosa. Pero eso es horrible!

Rufino. Cierto,
eso es atroz, consentir
que se trague ese camueso
la luna de miel.

Rosa. Tú piensas
que se la va á tragar?

Rufino. Eso
entra en la naturaleza
de mi sexo y de tu sexo.

Rosa. Dios mio! y cómo evitar?...

Rufino. Pues yo evitarlo prometo.
Es mas; lo juro y lo afirmo
por la espada de mi abuelo.

Rosa. No era cirujano?

Rufino. Tuvo
espada...

Rosa. Sí?...

Rufino. En otro tiempo,
en tiempo del rey Fernando.

Rosa. Sí, del rey de los deseos.

Rufino. Del descado.

Rosa. Es lo mismo.

Rufino. Fué... (le daré cuatro ascensos)
coronel de realistas.
Y digo, que era un sugeto
que estaba relacionado
con todo lo mas selecto.
Como que sacó de pila

al vástago primogénito
de la mujer del cuñado
de un amigo del cochero
del secretario privado
del ministro de Fomento.
Conque ya ves que mi sangre
es una sangre sin pero.

Rosa. Es claro.

Rufino. Rosa, tú eres
una muchacha de mérito,
y por lo mismo, tu esposo
debe ser un tipo esbelto,
un tipo ideal, un tipo...
como el mio, tipo griego.

(*Con afectacion y colocándose delante de Rosa en una actitud pedantesca.*)

Rosa. Conque eres griego?

Rufino. Soy de
Móstoles. Pero desciendo
en línea recta de Sócrates.

Rosa. De Só... de Sócrates?

Rufino. Eso.

Rosa. No le conozco.

Rufino. (Ni yo.)
Ya ves que soy un sugeto
que merezco cualquier cosa;
y si hablo á tu padre, creo
que conseguiré...

Rosa. Ay, Rufino!
Conseguirás lo que el negro
del sermon.

Rufino. Sí?... pues le juro
por la espada de mi abuelo...

Rosa. Ay! Tú ignoras que mi padre
no conoce mas deseos
que el que me case con un
americano. Es su sueño.

Rufino. Ay, Rosita! Piensa que
de esos labios hechiceros
está pendiente la vida
de esta criatura. Mi ingenio
es conocido en Madrid:

yo he inventado los sangrientos
polvos que esterminarán
de raiz esos insectos
que el vulgo nomina chinches,
y no ha de faltarme un medio
para salvarte y salvarme.

Rosa. Lo mejor es... Te aconsejo
que te vayas.

Rufino. Que me vaya?
Nunca! Tu amor, ó me!...

(*Dirigiéndose á la ventana y haciendo ademan de quererse arrojar.*)

Rosa. (*Deteniéndole.*) Cielos!
no concluyas.

Rufino. Una idea
ilumina mi cerebro.
El negro cómo se llama?

Rosa. César Aguiluz.

Rufino. De dónde
viene?

Rosa. De Vera-Cruz.

Rufino. Bueno.
Qué oficio tiene?

Rosa. Qué oficio?
Él es comerciante en géneros
de Ultramar.

Rufino. Basta. Rosita,
corro á casa del maestro
de escuela. Es americano,
y tiene lo que yo creo
preciso para llevar
á cabo mi pensamiento.
Le suplico, y si á mis súplicas
se hace el remolon, el sueco,
con estas cuatro pesetas
le seduzco, no hay remedio.

Rosa. Pero te vas sin decirme...

Rufino. Ah! me olvidaba. Al momento
que venga tu padre, dile
con entereza... «No puedo
amar á ese americano,
porque idolatro á un mancebo

rubio como unas espigas,
dulce como un caramelo.
Un jóven peninsular,
que soy yo.» Lo entiendes? Vuelvo.
(*Se dirige á la puerta y retrocede.*)
Uf! Af! Tu padre!

Rosa. Mi padre!
Dios mio, si llega á vernos!

Rufino. No temas. Esta ventana
que me vió trepar intrépido,
pues mi ascenso protegió,
que proteja mi descenso.
(*Salta por la ventana.*)

ESCENA V.

ROSA. DON ALEJANDRO *y* DOÑA RÓMULA, *por la derecha.*

Alejandro. Pues nos hemos engañado
otra vez.

Rómula. Las apariencias
engañan, y... Qué haces, Rosa?

Rosa. Yo? nada.

Alejandro. Pásmate: no era
César.

Rosa. Conque no? (Me alegro.)

Alejandro. Eh! no te aflijas: paciencia!
Al fin y al cabo él vendrá.

Rosa. Ay! Ojalá!... (no viniera.)

Alejandro. Tu madre y yo hemos pensado
ir á Madrid.

Rosa. Buena idea.
(Así hablaré con Rufino.)

Alejandro. Allí sabremos de César,
de la razon que motiva
su tardanza.

Rosa. Muy bien piensan.

Alejandro. (Qué humildad!) Cuando yo digo
que es otra yo!

Rómula. Eso quisieras.

Alejandro. Qué has dicho!

Rosa. (Me dá lástima
engañar de esa manera...
Allá voy.) Papá...
Alejandro. Qué quieres?
Rosa. Es preciso que usted sepa
que el americano es hombre
que no me... me dá vergüenza
decirlo...
Alejandro. Que no te... vamos!
Rosa. Es hombre que no me entra.
Alejandro. Cómo! sin verle?
Rómula. No importa;
ya te entrará.
Alejandro. La chicuela!
Rosa. Es que...
Alejandro. Acaba.
Rosa. Es que vi á un jóven
que me gustó su presencia:
me miró con unos ojos
tan tiernos, tan tiernos!...
Alejandro. Ea!
Tú le miraste?
Rosa. Es claro.
Cómo quiere usted que viera
que él me miraba sin...
Alejandro. Justo.
Rosa. Y me dijo que era bella,
y qué sé yo cuántas cosas!...
Alejandro. Tú le dirias que era
un osado, un...
Rosa. Eso mismo,
y que como se atreviera
á decírmelo otra vez,
le daria por respuesta
el sí mas dulce y mas tierno.
Alejandro. Muchacha!
Rómula. Tenga esa lengua!
Alejandro. Qué es eso de amar á un jóven?
Rosa. Pues qué es un viejo el de América?
Qué miedo!
Alejandro. Nada. Tú no
puedes amar sin mi venia.

Rosa. Pero, papá...
Alejandro. Nada: artículo
primero y único: queda
prohibido ese amor.
Rosa. Papá...
Alejandro. Quítate de mi presencia.
Rosa. Mire usted que él es un jóven
peninsular.
Alejandro. Alto! Niega
mi autoridad paternal
el permiso.
Rosa. Pero...
Alejandro. Afuera!
(*Empujándola y haciéndola desaparecer por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA VI.

DON ALEJANDRO. DOÑA RÓMULA.

Alejandro. Y ahora bien; qué dices de esto?
Rómula. Que hay tienes las consecuencias
del efecto de tu táctica.
Alejandro. Pullitas, eh? Mira, es fuerza
que á la corte no vayamos.
Si sola Rosa se queda,
ya ves, el diablo las carga,
y el amor es una abeja
que, cuando menos se advierte,
viene, zumba, pica y vuela.

ESCENA VII.

DICHOS. UN CRIADO.

Alejandro. Qué te se ocurre?
Criado. A mí, nada;
pero un caballero llega
preguntando por ustedes.
Alejandro. Quién es?
Criado. Viene de sorpresa.

Alejandro. De sorpresa?
Criado. Eso me ha dicho.
Y trae un loro.
Rómula. Quizás sea...
Criado. Y un perro, y un negro,
y un mono.
Alejandro. Un mono? Es César.
Dile que pase corriendo. (*Vase el criado.*)
Rómula. Es él!
Alejandro. No hay duda; las señas
son mortales. Ya has oido,
trae un mono y un... Eso prueba
que tiene mucho cariño
á las cosas de su tierra.

ESCENA VIII.

DICHOS. RUFINO *y* UN NEGRITO.

(*Rufino viene vestido de verano con sombrero de paja. La cara mas morena que en las escenas anteriores. En el transcurso de la accion, mientras se finge americano, debe el actor imitar todo lo posible la pronunciacion de las Antillas, exagerándola un poco. El negrito trae una jaula con un loro; en la otra mano un mono. Rufino lleva una perrita de lanas en brazos.*)

Rufino. Si no me engaño, ellos son.
Rómula. Es él!
Rufino. Suegra de mi!... (*Abrazándola.*)
Rómula. César! (*Id.*)
Alejandro. César! (*Id.*)
Rufino. Suegro de mi... vamos,
soy feliz. (*Abrazándolos.*)
Alejandro. Aprieta, aprieta!
Estás hecho un guapo mozo.
Rufino. Así parece.
Alejandro. Te hubiera
conocido entre mil.
Rufino. Sí?
Alejandro. Bah! ya lo creo; á la legua.
Estás en carácter.

Rufino. Vaya!
Alejandro. Hasta el color...
Rufino. No me afea?
Rómula. Al contrario.
Rufino. Eso consiste
en que el sol de las Américas
no es el sol de España.
Alejandro. Es claro.
Y el viaje, bien?
Rufino. Si no fuera
por la malograda muerte...
Alejandro. De algun amigo? Eso afecta.
Rufino. No señor; de quince monos.
Rómula. Quince?
Rufino. Desgracia como ella!
Alejandro. Hombre, y para qué querias
quince monos?
Rufino. Buena es esa!
Los monos son mi delicia,
mi encanto. Ellos me peinan,
ellos me llevan al baño,
ellos bailando me alegran,
ellos me encienden la pipa,
y cuando tomo la siesta
me mecen suavemente,
me abanican... Usté apuesta
que antes de quince dias
este, este mono le afeita
mejor que el mejor barbero?
Alejandro. Sí? Pues yo no haré la prueba.
Rómula. Dios nos libre de esos bichos.
Rufino. Y por qué, querida suegra?
Pist: la falta de costumbre!
Pues para que usté lo entienda,
en América tenemos
una confianza completa
en estos paisanos: son
gente servicial, adepta.
Y además, no andan con chismes:
quien poco habla, pocó yerra.
Alejandro. Es una gran cualidad.
Rufino. Vaya; y teniendo eso en cuenta,

á los negros que me sirven,
zás!

Alejandro. Qué? (*Retrocediendo.*)

Rufino. Les corto la lengua.

Rómula. (Qué bárbaro!)

Alejandro. Y ese prójimo
se halla tambien?...

Rufino. Como treinta
que tuve el año pasado,
que iban con la boca abierta
mas ligeros que una ardilla.
No es verdad, Sausinjausencia?

(*El negrito abre la boca y lanza un ahullido.*)

Rómula. (Antropófago.)

Rufino. Y mi cuarto?

Alejandro. Es el último á la izquierda
del pasadizo.

Rufino. Lo oyes,
(*El negro abre la boca.*)
Sausinjausencia? Pues entra
con tus prójimos.

(*El negrito abre la boca, saluda y desaparece llevándose los bichos.*)

Rómula. Qué modo
de tratarle! Yo estoy muerta.

Rufino. Para usted el loro.

Alejandro. Gracias.

Rufino. El mono, querida suegra,
para usted. Y como imágen
de fidelidad, la perra
será para mi futura.

Alejandro. Bien pensado. Eres un Séneca.

Rufino. Del esclavo, ¡oh! del esclavo
tengo una idea soberbia.
El dia de nuestras bodas
encendemos una hoguera
que le reduzca á cenizas
al par que alumbre la fiesta,
como hacian los primeros
moradores de mi tierra.

Rómula. (Pero no ves?)

Alejandro. (Son costumbres.)

Rómula. (Ni que viviese entre fieras.)
Alejandro. Pero no te he preguntado...
Y la familia?
Rufino. Tan buena!
Alejandro. No decia eso tu padre
en su última.
Rufino. (Santa Tecla!
Qué le diria mi padre?)
Alejandro. Y ahora que pienso... Te acuerdas?
tú fuiste quien escribió!
Rufino. Yo no... digo, sí. Fué aquella...
Alejandro. Justo!
Rufino. Me acuerdo.
Alejandro. Qué carta!
Logró afligirme!
Rufino. De veras?
Alejandro. Sí; la muerte de tu madre
me noticiabas en ella.
Rufino. No me recuerde usted eso,
porque me mata la pena.
Ji, ji, ji! (*Llorando.*)
Alejandro. Pero, hombre, no llores.
A tu edad...
Rufino. Un ángel era.
Rómula. Resignacion.
Rufino. Yo no puedo
consolarme de su pérdida.
Alejandro. Esa sensibilidad
es honrosa, quién lo niega?
pero si ya no hay remedio...
Y en fin, lo que Dios decreta...
Rómula. Voy á llamar á Rosita.
Rufino. Para qué? Tiempo nos queda.
Además, que voy en trage
de viaje... y no quiero... Es fuerza
que le agrade al primer golpe
de vista.
Alejandro. Dice bien César.
El primer efecto es siempre
el primer efecto. Deja
que haga lo que le acomode,
y hablemos de nuestra tierra.

Ante todo, qué hay de nuevo?

Rufino. De nuevo... (Dios me proteja!)
El polvorin y el navío
de San... no sé...

Alejandro. Qué me cuentas?
Y nada mas?

Rufino. Me olvidaba
del gobernador.

Alejandro. Que sean
nuevos los gobernadores
no es nuevo allá.

Rufino. De manera
que esa novedad es una
novedad muy poco nueva.
Ah! Tambien se ha descubierto
una selva; mas qué selva!
fragante, frugal, frondosa,
ancha, opaca, oscura, fresca,
y vírgen!

Alejandro. Hombre!

Rufino. Sí, vírgen.
Para vírgenes América.
Ah!

Alejandro. Eh?

Rufino. Pues se me olvidaba
lo mejor.

Alejandro. Sí?... Qué me cuentas?

Rufino. Un invento humanitario.

Alejandro. Ah!!!

Rufino. La guillotina eléctrica.

Alejandro. Zape!

Rufino. Que de un solo tajo
rebana treinta cabezas.
Aún recuerdo el memorable
dia que se hizo la prueba.
Cuatro cráneos insepultos
compré por cuatro pesetas,
con los que juego al villar
cuando el fastidio me asedia.

Rómula. (Salvage!)

Rufino. (*Acercándose á dona Rómula, la cual retrocede.*) Mas con permiso...

este lazo... No hacen mella
en usted los años.

Rómula. Gracias.

Rufino. Cá! Si se halla usted mas fresca
que una rosa. A buen seguro
que no faltarán polluelas
que envidien esos colores
y ese garbo.

Alejandro. Calavera!
le haces la corte en mis barbas?
Oh! si es mucha tierra aquella!

Rufino. Celoso! no tema usted.
Soy de aquellos que respetan
la propiedad de su prójimo...
(y mucho mas cuando es vieja...)
Pero quién le ha puesto á usted
la corbata?

Alejandro. Está mal puesta?

Rufino. Voy á componerla.

Alejandro. Pónla
á la moda de mi tierra.

Rufino. Pero usted no ha envejecido.
(*Arreglándole la corbata.*)
Quién, al ver esta presencia,
diria que usted es el padre
de mi futura?

Alejandro. Cualquiera.
Ha salido todo á mí:
ya verás; es una perla.

Rufino. De tal árbol, tal astilla.

Alejandro. Rómula, tú ves á César?
Pues es el dueño, es el amo
de esta casa. El que gobierna
y manda, en una palabra,
el rey absoluto, el déspota.

Rufino. Usted me confunde.

Alejandro. He dicho.

ESCENA IX.

DICHOS. EL CRIADO.

Alejandro. Qué ocurre?
Criado. Un jóven desea
hablar con usted.
Alejandro. Conmigo?
Quién es?
Criado. Viene de sorpresa.
Alejandro. Cómo!... ese tambien? Pues dile
que pase adelante. (*Vase el criado.*)
Rómula. Mientras
le enseño á César la casa,
tú le recibes.
Alejandro. Apenas
despache, iré en vuestra busca.
No será larga mi ausencia.
(*Vanse Rufino y doña Rómula.*)

ESCENA X.

DON ALEJANDRO. CÉSAR.

Alejandro. Quién será? Me importa poco.
César. Don Alejandro Ruiz...
Alejandro. Servidor de...
César. Soy feliz.
Venga un abrazo.
Alejandro. (Está loco?)
César. Míreme usted.
Alejandro. Ya le miro.
(Qué lástima de porrazo!)
César. Ni por esas; otro abrazo.
Alejandro. (Oh! no hay quien te pegue un tiro!
esto ya pica en historia.)
César. Aun no me conoce usted?
Otro abrazo para que
se refresque la memoria.
Alejandro. Yo no caigo... (Ya me irrita.)
César. Soy... César.
Alejandro. Está usted fijo?

César. Su hijo político.
Alejandro. Mi hijo?
César. El esposo de Rosita.
Alejandro. (Tanta audacia creer no puedo!)
Conque usté es César?
César. Sí, á fé.
Alejandro. Amiguito, sepa usted
que yo no me mamo el dedo.
Cincuenta largos de talle
cumplí ya, conque así advierta...
César. Bien; pero...
Alejandro. Ve usted la puerta?
por ella se va á la calle.
César. Caballero!...
Alejandro. La espresion
es bien clara, á mi entender.
César. Vamos, aquí debe haber
alguna equivocacion.
Alejandro. Pero, hombre... (Si es mucha cruz!)
César. No espera usté á un jóven?
Alejandro. Sí.
César. Qué se llama César, y
que viene de Vera-Cruz?
Alejandro. Sí.
César. Entonces, suegro querido,
por qué tanta duda tiene?
Alejandro. Porque ese jóven que viene
de Vera-Cruz... ya ha venido.
César. Imposible!
Alejandro. Qué insolente!
César. Solo un farsante es el hombre
que, usurpándome á mí el nombre,
ha engañado á usté vilmente.
Alejandro. (A que le rompo la nuca?)
César. Un hombre, que á lo que infiero,
le ha embaucado.
Alejandro. Caballero!
á mí nadie me embauca!
No tengo pelo de tonto.
Llamaré á mi yerno.
César. Aquí
le quiero ver, porque así

acabarémos mas pronto.

Alejandro. (*Llamando.*)
César! Oh! ya verá usté
cómo vuelve por su honor.

ESCENA XI.

DICHOS. RUFINO.

Rufino. (*Saludando.*)
Suegro amado... Servidor.

Alejandro. Ya verás. Confúndele.
Ya verás tú qué capricho.
(Que le anonades espero.)
Usted mismo, caballero,
puede decirle...

César. Me han dicho
que usted es César.

Rufino. Aguiluz
de Medina y Bustamente,
propietario y comerciante,
natural de Vera-Cruz.

César. (Qué osadía!)

Rufino. Y finalmente,
sírvale á usted de gobierno,
yo soy el presúnto yerno
del que tiene usted presente.

Alejandro. (Bravo! Has estado oportuno.)

César. Usted sabe lo que opino?

Rufino. Francamente, no adivino...

César. Opino que usté es un tuno,
que es usted la audacia misma.

Rufino. Mi dignidad así hiere!
Yo quiero...

César. Lo que usted quiere
es que le rompa la crisma.

Rufino. (Oh!)

Alejandro. No lo tomes á mal.

Rufino. Le mato sin remision.

Alejandro. (Este chico es un leon.)

Rufino. (Yo tengo un miedo cerval.)

César. Tiembla usted?

Rufino. Yo?... Vive el cielo!...

Alejandro. (Se van á pegar, seguro.)
Rufino. Tiemblo de...
César. De miedo.
Rufino. Juro
por la espada de mi abuelo,
que...
Alejandro. No seas temerario.
Rufino. Pero...
Alejandro. Basta de reyerta.
Si no toma usted la puerta,
avisaré al comisario.
Se sienta?
César. Espero probar
lo injusto de esos enojos.
Rufino. (No ha observado usted los ojos
de ese hombre peninsular?)
Alejandro. Muy abiertos... muy...
Rufino. Eso es,
de un modo nada comun.
O es un criminal, ó es un
prófugo de Leganés.
Mas, qué he visto? Cielo santo!
Alejandro. Qué has visto?
Rufino. Y en ello insisto.
He visto...
Alejandro. Qué es lo que has visto?
Rufino. (Ay! no quisiera ver tanto.)
César. (Lograrán que me impaciente.)
Alejandro. (Es preciso que yo sepa...)
Rufino. (Ve usté esa arruga que trepa
por la mitad de su frente...)
César. (No cesan, y estoy violento.)
Rufino. Sinuosa como una oruga?
Esa arruga es la arruga...
Alejandro. De qué?
Rufino. Del remordimiento.
Alejandro. Será un ladron?
Rufino. Su cabeza
me lo indica. No se asombre;
el robo es hijo del hombre,
está en su naturaleza.
Alejandro. Es preciso convencernos.

Rufino. (Oh! Qué idea!)
César. (Mala peste!)
Rufino. (Rosa tiene novio?)
Alejandro. Si este
será el de los ojos tiernos?
Rufino. No será estraño. El amor
satánico tiene antojos.
Alejandro. Jóven, tú me abres los ojos.
Rufino. (Qué ocurrencia!) Lo mejor
es que lo entretenga usted
mientras me informo.
Alejandro. Es verdad.
Rufino. (*A César.*)
Usted tendrá la bondad
de esperarme. Volveré.
César. Oiga!
Alejandro. Déjale. No insistas.
César. Teme usted que...
Rufino. Vive el cielo!
yo temer?... y era mi abuelo
coronel de realistas! (*Vase.*)

ESCENA XII.

DON ALEJANDRO. CÉSAR.

Alejandro. Ya podemos entendernos.
César. Se convenció usted?
Alejandro. Sí, á fé.
César. Mucho me alegro.
Alejandro. Y yo. Usted
es el de los ojos tiernos.
César. No entiendo...
Alejandro. En vano lo niega.
Yo soy muy fisonomista.
César. Pero...
Alejandro. Señor petardista,
á mí nadie me la niega.
César. Basta. Tengo documentos.
Alejandro. Amigo, el rostro no miente.
Esa arruga de su frente...
la de los remordimientos.

Digo algo?

César. (Loco está.)

Alejandro. Pero ella misma... sí, sí.
Rosa! Véngame usté aquí...
Ven, Rosa.

César. (Qué intentará?)

Alejandro. Jóven, dice aquel proverbio
donde las toman... Rosita!

César. Qué?

ESCENA XIII.

DICHOS. ROSA.

Rosa. Caballero...

César.. (Es bonita.)

Alejandro. (Se han conocido! Soberbio!)
Mira á ese jóven.

Rosa. Y qué?

Alejandro. Mírale.

Rosa. Me dá rubor.

Alejandro. Le conoces?

Rosa. No señor.

Alejandro. Conque no?

Rosa. Le juro á usté...

César. (Qué pimpollo! Como no
se le parezca á su padre...)

Alejandro. Que te cuadre ó no te cuadre,
lo harás; te lo mando yo.
Nada; inútil disimulo:
yo estaré allí; y como tú
no llegues á darle su
merecido, os estrangulo.
A ver si mi plan secundas.
Quiero que con lindas trazas
le dés unas calabazas
secas, sonoras, rotundas.
Dale donde mas le duela.

Rosa. Pero...

Alejandro. Lo dicho. Já! já!
Me voy. Ella le dirá:
Amiguito, aquí no cuela. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

ROSA. CÉSAR.

Rosa. Caballero... (*Pausa.*)
César. Señorita.
Rosa. (Me gusta.)
César. (No me disgusta.)
Siga usted.
Rosa. Yo? (No me atrevo.
Pero, y si nos estrangula?)
Es preciso que... Me he puesto...
César. Sí, del color de la púrpura,
que tiñe la rosa.
Rosa. Vamos,
que... (y es bonita figura)
es preciso que usted me haga
una declaracion.
César. Una...
declaracion? (Esta chica
ó está loca, ó es estúpida.)
Rosa. Y yo entonces le daré...
César. Oh! Concluya usted, concluya.
Rosa. Unas calabazas...
César. Cómo?
Rosa. Secas, sonoras, rotundas.
César. (Cuando yo digo que es tonta.)
¿Y usted será tan adusta,
tan?... No lo creo... Una jóven
bonita y...
Rosa. Usted me adula.
César. No, es usted encantadora!
Rosa. Muchas gracias.
César. Quién lo duda?
bellísima!
Rosa. Muchas gracias.
César. Amabilísima.
Rosa. Muchas...
(Vamos, lo dice de un modo
que... y es bonita figura.)
Ay!
César. Y suspira? esto marcha,

Rosa. Hasta el nombre me gusta:
se presta tanto á la rima...

Rosa. Rima? No he visto ninguna.

César. Sabrosa, hermosa, escabrosa,
licenciosa...

Rosa. Usted me adula.

César. Por el suave contorno
que ese rostro me dibuja,
me imagino los encantos
de otras prendas mas ocultas.
Debe usted tener un pie
delgado como una aguja,
pequeño como una almendra,
fino como piel de nutria.

Rosa. A la vista está.

César. Hui, qué mono!
Y calza botitas rusas!...
Será la mano, oh!...

Rosa. A la vista
está.

César. (*Besándola.*) Qué mano mas cuca!
Y la... ay, Rosita! Yo,
que en alas de mi ventura
vengo desde Vera-Cruz...

Rosa. Desde... No cabe duda;
usté es César?

César. Sí señora;
soy el César sin ventura,
que en vez de un padre amoroso,
halla un padre que le insulta,
que le rechaza, y á un tuno,
que no solo le disputa
su nombre y patria, sino
esa cándida hermosura,
por la cual crucé el salobre
Océano, sin mas brújula,
sin mas norte, mas deseo
que ofrecerte mi fortuna.
Ay, Rosa, qué infeliz soy!

Rosa. (Pues señor, este me gusta
mas que Rufino.) Pues eso
es una maldad... es una...

César. Verdad que sí?
Rosa. Ya lo creo!
César. Me está matando la duda.
Si viera usted lo que sufro!...
Rosa. Pero quiero que usted sufra...
yo? No quiero que...
César. Rosita!
Rosa. Y en fin, para qué está una?...
César. Rosita!...
Rosa. Un hombre que viene
del otro mundo, que cruza
las olas del mar salobre...
no, yo no soy tan injusta.
César. Cielos!
Rosa. Y tantos sacrificios
premio...
César. Cómo?
Rosa. (*Alargándole la mano.*) Así.
César. Oh ventura!
Rosa. Y las calabazas?... No
me han parecido maduras.

ESCENA XV.

DICHOS. DON ALEJANDRO.

Alejandro. Supongo que ya está usted
convencido?
César. Quién lo duda?
Alejandro. Muy bien.
César. Pero le suplico...
Alejandro. (Hola! ya viene con súplicas.)
César. Que usted se serene un poco;
vea el error que le ofusca.
Rosa. Eso digo yo.
Alejandro. Qué es eso?
Rosita, tú le disculpas?
Voto al rey de bastos!
Rosa. Es que...
Alejandro. Silencio! no me consumas.

ESCENA XVI.

DICHOS. RUFINO, *disfrazado con un vestido de viejo.*

Rufino. En dónde está, en dónde, en dónde?
Ah! Héle allí!
Alejandro. Qué significa?...
Rufino. Me conoces? (*A César.*)
César. No sé...
Rufino. Yo
soy el padre de la víctima,
de la mártir inmolada.
César. Sí? lo siento.
Rosa. (Habrá estantigua!)
Rufino. Mas lo siente ella.
Rosa. Qué?
Alejandro. Cómo?
César. Quién es ella?
Rufino. Gumersinda,
la madre infeliz, la esposa
abandonada á sí misma.
Alejandro. Y bien, qué opina usted de esto?
Rosa. Sí, diga usted lo que opina.
César. Que ese hombre está loco.
Rufino. Loco?...
Oh qué infamia qué osadía!
Y Dios es justo? y un rayo
de su cólera divina
no te reduce á pavesas,
no te confunde á mi vista!
César. Caballero!...
Rufino. Tú manchastes
el honor de Gumersinda,
y es necesario que laves
esa mancha.
César. Voto á cribas!
que ni yo soy quita-manchas,
ni conozco á la...
Rufino. Oh perfidia!
Y aquellos cuatro cachorros
que están clamando á la orilla

de la tumba por su padre?...
Por tí, pobres criaturas,
pobres retoños!...

César. Que no
se volvieran sabandijas,
y acabáran con usted
y con toda su familia!

Rufino. Qué horror, qué horror! Calla, impío!

César. A que le rompo la crisma?

Alejandro. Cálmese usted, caballero.

Rosa. (Y era padre!)

Rufino. Esto me indica
bien claro que usted le quiere
atrapar para su hija.

Alejandro. Señor mio, yo no atrapo
á nadie. Mi honra está limpia.

Rufino. Pero antes que tal suceda,
le rompo cuatro costillas!...

Alejandro. Basta...

Rufino. Ó le saco los ojos...

César. Cómo?

Rufino. Ó le vuelvo cenizas.

Alejandro. Modérese usté, ó le juro...

Rufino. Mira, viejo verde, mira
que yo tengo malas pulgas!...

Alejandro. Insolente!

Rufino. Al que me irrita...

Alejandro. Hum!....

Rosa. Papá!

César. Don Alejandro!

Rufino. Usted me atropella!

Alejandro. Ira
de Dios Baco! ni que yo
fuera una caballería.
Hum! (*Cogiendo una silla.*)

Rosa. Ay!

Rufino. Favor!

Alejandro. Largo!

Rufino. (*Dirigiéndose á César.*) César...

César. Vaya usted al diablo. (*Vase.*)

Rufino. Y tu víctima?
Don Alejandro... ay! yo muero!

Alejandro. Muérase usted! (*Vase.*)
Rufino. (*Cayendo en una butaca.*)
Hija mia!

ESCENA XVII.

RUFINO. ROSA.

Rosa. Pobre! Si no le consuelo...
Valor! Por qué se ha abatido?
Rufino. Rosa! (*Levantándose.*)
Rosa. Ay!
Rufino. Calla! Te lo pido
por la espada de mi abuelo.
Rosa. Quién tu juicio así trabuca?
Rufino. Son inocentes estafas.
Rosa. Ay! Quién te ha puesto esas gafas?
Rufino. El amor.
Rosa. Y esa peluca?
Rufino. El amor.
Rosa. (*Suspirando.*) Ay! ni una fiera!
Rufino, me dás horror;
sí: qué feo está el amor
vestido de esa manera!
(No es dudosa la eleccion.)
Adios.
Rufino. Escucha.
Rosa. No quiero.
Rufino. Pero, Rosa...
Rosa. Quita!
Rufino. Pero...
Rosa. Nada, no hay comparacion. (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

RUFINO.

Me abandona! suerte negra!
por qué así tratarme quieres?
Oh mujeres! Oh *mulieres!*
como decia... Eh? mi suegra.

ESCENA XIX.

RUFINO. DOÑA RÓMULA.

Rómula. Qué se le ofrece?
Rufino. (Aquí empieza
otro enredo.) Es inaudito;
el infame, sordo al grito...
Rómula. Qué?
Rufino. De la naturaleza,
me ha desconocido. Ya
sus devaneos no llora:
confio en usted, señora.
Usted le rocordará
mi sentimiento profundo,
mis amargas desventuras,
mi hija y las cuatro criaturas
que dejó en el otro mundo.
Rómula. Pero quién es?...
Rufino. Un impío,
un infame seductor.
Rómula. (Esto ya es algo.)
Rufino. Qué horror!
Rómula. Y quién es ese?
Rufino. Dios mio!
Y Alejandro!...
Rómula. (Esto es mas que algo.)
Rufino. Quién lo habia de decir!
(*Vase precipitadamente.*)
Rómula. Pero se va usted á ir
sin decirme... Échale un galgo!
Bien claro lo dijo. Oh!
cuentas pendientes tenia...
Conque á una mujer queria,
y esa mujer no era yo!

ESCENA XX.

DOÑA RÓMULA. DON ALEJANDRO.

Alejandro. Se fué ese tigre cruel?
Rómula. Sí señor.

Alejandro. Oh! qué fortuna!
Rómula. Pero aquí ha quedado una
culebra de cascabel.
Alejandro. Cáscaras! Pues eso es grave.
Rómula. Te va á estrangular, te va...
Pérfido, venga usté acá.
Alejandro. Rómula!
Rómula. Todo se sabe.
Tiene usted cuentas pendientes!...
Nos vamos á ver los dos.
Para algo me ha dado Dios
estas uñas y estos dientes.
Alejandro. Te has vuelto loca, y lo siento.
Rómula. Tener cuatro hijos!... Qué horror!
Cuatro, sí! Y lo que es peor,
sin... sin mi consentimiento!
Alejandro. Pero de quién hablas, di?
Rómula. De tu víctima.
Alejandro. De mi...
Rómula, tú no estás buena.
Rómula. En vano es tu disimulo.
Te juro por lo que valgo...
Alejandro. Uf! á mí me va á dar algo.
Rómula. Traidor!...
Alejandro. (*Cogiéndola por el cuello.*)
Calla, ó te estrangulo!

ESCENA XXI.

DICHOS. EL CRIADO.

Criado. Señora!
Alejandro. (Si esto es cruel!)
Rómula. Qué?
Criado. Le he lavado la cara,
y se quedó ¡cosa rara!
tan blanco como el papel.
Alejandro. Quién?
Criado. El negro que llegó
con don César.
Alejandro. Mientes.
Criado. Sí!

Me lo dirá usted á mí.
Es tan negro como yo.
Alejandro. Es decir... pues vaya un puf!
Criado. Sabe usted quién es?...
Alejandro. Yo sudo!
Criado. Ese mendigo...
Alejandro. Oh!
Criado. Es el mudo
que va por las calles.
Alejandro. (*Dejándose caer en la butaca.*)
Uf!
Rómula. Conque no era negro?
Criado. Quiá!
Rómula. No oyes, Alejandro?
Alejandro. No.
Rómula. Tú lo estás viendo!
Alejandro. No; yo
ni veo ni oigo.
Criado. Já! já!
Lo que yo me divertí!...
Alejandro. No se ríe!
Criado. Pues es claro.
Alejandro. Hum!
Criado. Si fué el trance mas raro!...
Alejandro. Bárbaro! vete de aquí,
ó te doy un puntapie. (*Se lo dá.*)
Criado. No, ya no me lo dará.
Alejandro. Por qué no, tunante?
Criado. Bah!
porque ya me lo dió usted.
Alejandro. Animal!
Criado. Tengo razon.
Alejandro. Vete.
Criado. Sí, ya me voy; pero... (*Vase.*)
Alejandro. Aire, aire! Yo me muero,
yo me ahogo! Confesion!

ESCENA XXII.

DICHOS. ROSA.

Rosa. Papá, oiga usté.

Alejandro. Yo imagino
que están dados á Luzbel.
Rosa. Él, no es él.
Alejandro. Pues quién es él?
Rosa. Rufino.
Alejandro. Y quién es Rufino?
Rosa. Él!
Alejandro. Me va á dar un sofoco.
Rómula. Déjala hablar.
Alejandro. Punto en boca!
Tú estás loca, ella está loca,
y me vais á volver loco.
De esta echa la vida exhalo.
Rómula. Hablando la verdad se halla.
Habla!
Rosa. Digo...
Alejandro. (*Tapándole la boca.*) Calla, calla!
Rómula. Pero...
Alejandro. Chito, ó cojo un palo!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS. CÉSAR, *que trae del brazo á* RUFINO.

César. Aquí está.
Rufino. (Este hombre me humilla.)
César. Don Rufino Pló y Sampero.
Alejandro. Cómo?
César. Rapista.
Rufino. Barbero
de la coronada villa.
César. Que confiesa sus enormes
travesuras.
Rufino. Es verdad,
mediante la cantidad...
César. Aquí está.
Rufino. Estamos conformes.
Alejandro. Conque usté?...
Rufino. Aunque no le cuadre,
quise con ayuda del
dómine, hacer el papel
de don César y del padre.

Alejandro. Cómo?
César. Pero ya no trata...
Rómula. Conque no era cierto?
Rufino. No.
Forjé un plan, y...
Rosa. Le salió
el tiro por la culata.
No es eso, don?...
Rufino. Justo. (Cuerno!
La niña es avispadita!)
Alejandro. Y el futuro de Rosita,
esto es, mi querido yerno?...
César. Soy yo.
Rufino. Sí, él es. Mi adversario.
César. Que vengo á casarme con
Rosa, si su corazon
no le dicta lo contrario.
Rosa. Puesto que es la voluntad
de papá, seré su esposa.
Aquí está mi mano.
César. Rosa,
tú eres mi felicidad.
Rufino. Ingrata!... Mas no le hace:
tengo en cambio la fortuna.
Alejandro. Conque todo ha sido?...
Rufino. Una
farsa, cuyo desenlace
diciendo está á mi conciencia,
que el que á sus instintos cede,
es probable que se quede
á la luna de Valencia.

FIN DE ESTE JUGUETE.

Esta pieza, titulada *Géneros Ultramarinos*, ha sido aprobada para su representacion en los teatros del Reino, en 12 de Octubre de 1858.